

Las cantidades de metal precioso crecían en proporciones enormes, y si bien los tesoros de algunos romanos eran fabulosos y las grandes construcciones se levantaban por todas partes, no vemos en este progreso material ningún signo de verdadero movimiento económico; lejos de eso, aunque la riqueza de muchos próceres era fabulosa, la multitud del pueblo era inmensamente pobre.

La civilización antigua, fundada en la esclavitud, ha sido reemplazada por la civilización moderna, fundada en la libertad. Los grandes problemas sociales no se han resuelto todavía, pero el cristianismo puede vanagloriarse de haberlos propuesto: la instrucción popular y la repartición de los productos del trabajo.

Como se habrá podido observar en la historia de la Economía Política, la antigüedad no poseía ningún principio de esta ciencia y sólo nos dejó embriones de organización; pero nada es fijo ni definido, nada corresponde á la filosofía ni á la lógica. La justicia era desconocida por completo. Los más fuertes eran verdugos de los más débiles.

El movimiento de los bárbaros, al invadir el mundo antiguo, no fué propicio al desarrollo y adelanto de la Economía Política. El único punto interesante en esta época, es la organización de la propiedad. Las hordas germánicas se extienden por todo el territorio romano, pero no lo devastan, sino que lo cultivan y se lo reparten equitativamente. La tierra, dice Prudhón en su *Theorie sur la propriété*, se asemejaba á un botín de guerra fraccionado en lotes y puesto en rifa. Como por efecto de una inspiración superior, los germanos renunciaron á su sistema de conquista y adoptaron el principio de propiedad. En efecto, entre esas hordas de bárbaros, según Tácito, la tierra, dividida por grados, quedaba en estado de simple posesión.

El cristianismo hizo desaparecer la esclavitud, pero la sociedad nueva, inventó la servidumbre.

Posteriormente, en la Edad Media, los trabajadores gemían en una opresión odiosa. El profesor no podía casarse si no producía una obra maestra calificada como tal por aquellos contra quienes iba á competir. Una vez declarado maestro, no podía dedicarse ya á ninguna otra profesión. Era aquel sistema la negación del libre profesorado, uno de los más bellos principios de nuestras leyes democráticas.

Todo el gran comercio hacía entonces por los mares. Innu-

merables bajeles que partían de los principales puertos de Europa, llevaban los granos, la miel y la cera de Polonia, los metales de Bohemia y de Hungría, los vinos del Rhin, las telas de Oriente, las especias de la India. Esos puertos mantenían relaciones constantes con Suecia, Noruega, Inglaterra y Rusia. Venecia, por su parte, se hacía también poderosa por medio de su comercio é industria. En 1157 se había establecido un banco. En 1349 le tocó su turno á Barcelona. Después se establecieron nuevos bancos en Amsterdam, en Hamburgo y en Inglaterra.

Cuando tuvo lugar el descubrimiento del Nuevo Mundo, puede decirse que la ciencia económica vió brillar los primeros albores del progreso. América comenzó á dar metales preciosos; pero la esclavitud se restauró con el comercio de negros.

Carlos V, á su advenimiento al trono, reunió con su dominio á las dos Américas y á los países más ricos y más industriados de Europa, España, la mayor parte de Italia, Flandes y la Alemania del Norte.

A medida que las generaciones desaparecieron, y con ellas los defectos que fueran el resultado de las primitivas prerrogativas que el hombre tuvo sobre la tierra, fué imponiéndose la conciencia del derecho natural; las necesidades humanas se vieron sujetas á leyes fijas; el trabajo santificó los hogares; la recompensa pecuniaria, del tiempo invertido en ajeno provecho, fué el estímulo para la regeneración social; el capital produjo una renta, los cambios enriquecieron á las naciones, y los impuestos hubieron de someterse á un orden en virtud del equilibrio económico que se dejaba ya sentir.

La riqueza de las naciones consistió primero en el numerario y después en el crédito. La ciencia económica ensanchó sus dominios y sancionó la fraternidad de los pueblos cultos.

Atribúyese á la escuela aristotélica la primera obra de Economía, definiéndola como el *arte de adquirir y de administrar la propiedad*. Cuatro clasificaciones había en la obra aludida: la *Economía real* ó sea la que se refiere á las rentas que disfruta un soberano; la *satrápica* ó sea las rentas de que goza un Sátrapa; la *política* que comprende las rentas de un Estado libre, y la *doméstica* para las rentas de un particular.

La filosofía abarcó con la iniciación de una ciencia nueva, todas las categorías y cargos sociales, y al considerar las relaciones que existen entre el gobierno y los gobernados, entre la producción y

la manera de distribuir los productos, estableció innegablemente las leyes que rigen los destinos materiales de la humanidad, como había dejado establecidas las que rigen al espíritu humano.

De las cuatro formas descritas, la más importante es la Economía Política, y en ella han puesto sus miradas investigadoras los sabios desde la más remota antigüedad, dándole por objeto *enseñar el medio de procurar las rentas en un Estado libre*.

Las continuas guerras sostenidas por Francia durante el reinado de Luis XVI; la vanidad de la nobleza por los títulos, subyugando y abatiendo á la nobleza de alma; una política, más que de despotismo, de tiranía, que hacía imposible la vida del comercio, el desarrollo de la industria y la preponderancia de las artes; todo aquel cúmulo de calamidades públicas, hacía que la época á que nos referimos, fuera para el pueblo francés oprimido, el augurio de otra en que se levantara indomable y terrible, como el pueblo romano cansado de la ignominia que sobre él arrojaron los Césares y Emperadores.

Engendrábase entonces en Francia, allá entre las miserias y los odios, esa generación augusta que llevara á cabo la más grandiosa de las revoluciones y escribiera con sangre de tiranos, en el libro de la historia universal, la imperecedera fecha de 1793.

Como decíamos, una de las más latentes calamidades de aquella época era el sistema comercial, hecho para sostener las exigencias del soberano, más que para el bienestar de los súbditos. El referido sistema distaba mucho de ser la compensación del trabajo con el capital; y así, lejos de garantizar la riqueza pública, sólo era un pretexto para la creación de injustificados impuestos.

Algunos filósofos buscaron las causas eficientes de aquel mal, que era sin duda alguna la fuente de todos los infortunios, y hallaron que las relaciones sociales de la humanidad estaban violadas en sus más sagrados principios.

Entonces se pensó en que debía existir una ciencia natural que fijara esas relaciones y que combatiera los errores y los abusos, y tocóle al insigne Dr. Quesnay ser el fundador de esa ciencia, á la que llamó "Derecho Natural."

Las teorías en que se basó el mencionado autor, son análogas á las que sirven de apoyo á las ciencias físicas. Más tarde, Quesnay dió á su ciencia el nombre de "Economía Política."

Como fundador de la escuela *filócrata*, ó sea la que creía que la

tierra era la única productora de la riqueza, hizo que la ciencia comprendiera las relaciones sociales del hombre con su gobierno, con la propiedad y con sus semejantes: tres elementos fueron estos que abarcan perfectamente el dominio entero de las relaciones del género humano, en todo aspecto, físico ó moral, los cuales concuerdan con los tres principios indispensables para constituir las sociedades: *la libertad, la autoridad y la propiedad*.

Quesnay preparó, por decirlo así, los arduos trabajos de la Economía en la obra referida, y publicó otra que fué el complemento de aquella. Dicha obra la tituló: "Máximas generales del gobierno económico de un reino agrícola."

Fueron esas *Máximas* como los principios fundamentales de la ciencia económica, y son la inviolabilidad de la propiedad privada, el derecho que todas las naciones tienen de cambiar lo suyo con quien les plazca, y el derecho del libre cambio entre los países que lo establecen.

Hasta aquí los primeros trabajos que debían crear una ciencia vigorosa; trabajos que vinieron á constituir un grupo de fundamentos aislados que no fueron estériles.

Turgot, íntimo amigo de Quesnay, secundó las obras de éste y publicó un tratado sobre la formación y distribución de las riquezas.

La escuela *filócrata*, como el primer sol que fecundiza la simiente, desapareció para dejar lugar á una nueva escuela que, utilizando lo hasta entonces explorado de la ciencia, llevara adelante las investigaciones.

Adam Smith, célebre profesor de Glasgow, llega á París en los días álgidos, por decirlo así, en que se debatían las primeras cuestiones sobre Economía, se adhiere al grupo de sabios por entonces encabezados por Quesnay y Turgot, y publicó en 1776 su libro "Riqueza de las Naciones," obra en que Smith considera que la Economía tiene dos objetos distintos respecto al estadista y al legislador; primero: *procurar á la Nación una renta abundante, ó grandes medios de subsistencia*, ó más exactamente, *poner á la Nación en estado de procurárselos por si misma*; y segundo: *proporcionar al Estado ó á la comunidad una renta suficiente para remunerar los servicios públicos*.

Smith, pues, vió en la ciencia el objeto de enriquecer á la Nación y al soberano, fundado en el sublime principio de la libertad.

J. B. Say es el fundador de la nueva escuela que tuvo por Jefe á Smith; juzgó confundida la ciencia de la organización social con la que en sí trata de la formación, distribución y consumo de esas mismas riquezas, y logró que sus teorías fueran aceptadas en Italia y Alemania, que las dieran aplicaciones especiales, en España, donde sirvieran para destruir la preocupación que se tenía de que el dinero era la única riqueza.

Ricardo Malthus, Jaime Mill y Stuart Mill, en Inglaterra; Rossi y Baudrillart, en Francia; Ben y Bocher, en Alemania, y Flores Estrada en España, fueron de los que, entre otros eminentes escritores, aceptaron las nuevas teorías de Say.

Malthus lucha por implantar un equilibrio entre la subsistencia de los seres y el movimiento de las poblaciones; Ricard se ocupa de la renta, y aprecia filosóficamente los rendimientos de la tierra; y Ciekowski hace que en Alemania se modifiquen las preocupaciones que existían para las hipotecas.

Había llegado el momento de las aplicaciones; los fundamentos y las doctrinas, cimientos ayer, eran ya los muros que servían de baluarte al derecho natural; y las instituciones políticas tendrían por garantía una ciencia, no ya iniciada, sino realizada en sus principios.

Candilloc, célebre metafísico francés, publicó en 1776 una obra titulada: "El Comercio y el Gobierno considerados relativamente el uno al otro," y en esa obra quedó definida la Economía como la *filosofía del comercio ó la ciencia de los cambios*.

Objeto de la misma obra son las leyes que presiden las relaciones de los valores, considerados como cosas cambiables. Esta última teoría, que pasó inadvertida, es hoy la más generalmente admitida por los economistas europeos.

El Dr. Miteley y Chavalier, en Inglaterra, han considerado la Ciencia Económica en este concepto, que es, á juicio de algunos sabios, el que más satisface la doctrina de Bacón, pues se obtiene con él una serie de principios: las cantidades que tienen relaciones mutuas, y la concepción única, que es la probabilidad de que dichas cantidades sean cambiadas.

Así, la ciencia tiene por objeto descubrir las leyes de sus relaciones recíprocas en cuanto á que sean cambiables ó variables.

La definición que antecede satisface las condiciones de las cien-

cias físicas, y hay por lo tanto la semejanza que se ha querido ver entre la Economía y las referidas ciencias.

Colbert representa en Francia el sistema mercantil. Su atención se dedicó desde luego á aliviar la situación del pauperismo en Europa; Colbert impulsó la organización y el establecimiento de las casas de refugio para los indigentes. En 1670 fué fundada la primera casa para niños expósitos. En la industria, Colbert organizó los Consejos ó Cámaras Mercantiles. Por su Ordenanza de Mayo de 1673, reglamentó y autorizó el uso de las letras de Cambio.

La historia de la Economía Política, de esa ciencia que rige ventajosamente los destinos de las sociedades para hacerlas respetables y prósperas, nos ha conducido hasta la época actual. No puede negarse que ella ha llegado, puede decirse, á la solución de las cuestiones más palpitantes para el bienestar del género humano. Los problemas financieros de cambio y de trabajo, son estudiados ahora con mayor atención y con el sano criterio del objeto y de los medios que hay que adoptar.

La Economía Moral, inherente á la Política y á la Doméstica, no es menos importante para la vida social. Ella es la que norma las acciones humanas, y por lo tanto, la que rige los destinos de la colectividad.

Estamos de acuerdo con las opiniones del filósofo francés Troey con respecto á que la Economía y la moral se identifican.

Es innegable que todo aquel que tiene la facultad de querer, tiene por consecuencia lógica la de sentir. Mejor explicado: la facultad de querer es uno de los modos de la de sentir: es sentirse uno queriendo.

La idea de prosperar es, pues, una modificación de nuestro espíritu, de nuestro *yo* consciente y pensante. Y esta modificación que experimenta nuestro sér es buena, es adaptable al adelanto de la Humanidad. Luego si nuestro sér sufre una modificación favorable á él mismo, es evidente que progresa. El sér que no se conoce á sí mismo, que no sabe qué papel ocupa en la gran máquina del Universo, que no se da cuenta del cometido siempre sublime que tiene conferido desde que fué hecho para gravitar en una Humanidad que glorificaría siempre la sublime mano de su Sabio artífice, no puede ser virtuoso, pues no sabe hasta dónde puede serle útil el ejercer la virtud. Es inmoral porque no sabe que trabajando en provecho de los demás, trabaja en su propio provecho, y no

conociendo los beneficios que pudiera acarrearle una conducta mesurada y proba deja que su existencia resbale al azar, sin ver hacia adelante y sin trabajar por la prosperidad de su país. Muy al contrario sucede con aquel que escudriñándose á sí mismo, adquiere nociones del importante puesto que viene á ocupar en la Humanidad. El que sabe que no vino para servir de rémora á la marcha que tienen desde un principio trazada los seres y hacia cuyo fin caminan, sino que constituye uno de los más pequeños engranes, si se quiere, de la Gran Máquina Universal, pero engrane sin el cual no funcionaría ó funcionaría sin precisión alguna, necesariamente debe ser virtuoso. La ciencia de la Economía es el punto que hace guardar el equilibrio en las sociedades. Mientras más económicos son los miembros que forman una nación, más prospera ésta y no pudiera prosperar si sus individuos no fueran eminentemente virtuosos. De suerte que la Economía y la moral se identifican. Un hombre que se afana por el progreso de sus semejantes tiene que ser necesariamente económico; pues que sin ejercitar la Economía serían inútiles sus afanes, y si la ejercita prudentemente, viene siendo sin duda un sér verdaderamente moral.

El que derrocha con facilidad inaudita su hacienda, con mayor facilidad derrocha la hacienda que los demás le confien.

Necesario es, que para continuar el camino de la civilización amplio y extenso, desde que á costa de los más cruentos sacrificios y las más sangrientas luchas llevadas á cabo por los inmortales mártires de la Humanidad, se han deshecho las barreras que los estrechaban y hacían inaccesibles, se sigan las huellas gloriosas de los que nos han precedido en otras edades.

Por todo lo expuesto se verá la utilidad de la obra que hoy damos á la estampa, proponiéndonos contribuir con el *grano de arena* á la construcción de ese baluarte inexpugnable que se llama CIENCIA ECONÓMICA, y en el cual se amparan los derechos del hombre y los intereses de la sociedad.

El sistema empleado en la presente obra no tiene el orden riguroso que la pedagogía exige; pero los asuntos generales que contiene están tratados á conciencia, hasta donde el estudio nos lo ha permitido.

Improbo es el trabajo que gustosos nos hemos impuesto, débiles los esfuerzos erogados para ver realizada empresa tan delicada, y no estaríamos complacidos, si no procuráramos que la pre-

sente juventud, esa pléyade de futuros hombres útiles á su patria, que hoy cultivan su inteligencia y preparan su talento en las aulas, hojeara siquiera este libro.

Para la juventud hemos escrito; que ella nos recompense leyendo estos estudios.

EL AÜTOR.

